

de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cüestacion en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que habia de admirable en aquel hombre es que, durante los diez años en que habia ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos descientos treinta mil francos que habia recogido, lo habia empleado en sus necesidades personales. Si habia tenido que pasar los mares, habia recibido su pasaje gratis sobre algun pobre buque que habia esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo y un viento favorable. Si habia tenido reinos que atravesar, los habia atravesado á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megih, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon despues de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el país, que podiamos ver perfectamente por las ventanillas del carruaje, tomamos un coche público. Además, para un observador el carruaje público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del país que se recorre.

Hallábase completo el interior de nuestra diligencia por un jóven de veinte á veinte y dos años, y un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco.

Tenia el jóven la figura sencilla, ojos asombrados, piernas embarazantes, un sombrero de pelo largo, un frac azul, un pantalon gris sin trabillas, medias negras, zapatos con lazo, y un reloj con varios sellos. El hombre de cincuenta y cinco años tenia el pelo gris y escasas patillas, ojos claros grises, nariz de papagayo, dientes mellados, y su vestido se componia de un cuello de

camisa que le guillotina las orejas, un pañuelo al cuello encarnado, una blusa gris, pantalon azul, y zapatos de piel de gamuza. De tiempo en tiempo sacaba la cabeza por la portezuela, y se ponía en conversacion con el mayoral, que no dejaba nunca al responder de llamarle capitán.

No habíamos todavía llegado á la primera parada, cuando ya sabíamos que el capitán tenía este título, porque en 1815 habia recibido del mariscal Brune la orden de dirigir y transportar víveres de Frejus y de Antibes á Tolon. Para aquella expedicion le habian dado una chalupa y seis marineros, que habian comenzado por llamarle patrón, y que habian concluido por llamarle capitán.

Este título le habia parecido sentarle bien, y le habia conservado. Desde entonces, pues, en consecuencia, le llamaban el capitán Langlet.

A la segunda parada conocimos las opiniones políticas y religiosas del capitán: la política era bonapartista, la religiosa era volteriana.

Recayó la conversacion sobre fray Juan Bautista: el capitán aprovechó la ocasion para manifestarnos todo el desprecio que le inspiraban los cerquillos, y nos citó con este motivo los artículos excelentes del *Constitucional* contra el partido sacerdotal.

Bajamos para comer en Carnoules. Como era viernes, preguntó el fondista si comeríamos de pescado.

— ¿Me tomáis por un jesuita? le dijo con ojo fulminante el capitán. Asadme una buena chuleta, y hacedme una tortilla con manteca.

Nosotros le respondimos que sí habia pescado fresco, comeríamos de pescado.

Preguntado á su vez el jóven, respondió con un tono muy dulce, y ruborizándose hasta las orejas:

— Yo haré lo que estos caballeros.

El capitán Langlet nos miró con un desprecio enciclopédico, y cuando le trajeron su tortilla, se quejó de que no tenía bastante manteca.

Volvimos á subir al coche, y como debíamos dormir aquella noche en Frejus, recayó la conversacion sobre el desembarco de Napoleon. El capitán habia asistido á él desde su navío.

— Entonces, le dijo Jadin, no hay necesidad de preguntaros, con las opiniones que ya os conocemos, si os reunisteis al grande hombre.

— ¡Caramba, señor! respondió el capitán Langlet, ya me hubiera yo guardado muy bien de hacerlo en aquella época. Estaba incomodado un poco con aquel sublime emperador por haber restablecido las iglesias, en lugar de haber hecho de ellas excelentes almacenes para forraje. No, señor, al contrario, di á la vela para Antibes, y anuncié la gran novedad al comandante de la plaza, al general Cossin. Le dije mas; que una veintena de hombres se adelantaban hácia nuestra ciudad con una bandera tricolor. Entonces tomó sus disposiciones aquel buen general, y cuando llegó la tropa la dijo, entrad: despues cerró la puerta detrás de él. De modo que, gracias á mí, fueron cogidos todos, señores, á excepcion de Casabianca; un farsante de Córcega que los mandaba, que saltó desde lo alto de las murallas, y se fué á reunir con el grande emperador.

— ¿Y qué hicieron de los prisioneros? preguntó yo.

— Caballero, querian meterlos en la cárcel, pero es-

taba llena; y entonces yo dije, ponedlos en la iglesia, y los pusieron en la iglesia.

— ¿Cuánto tiempo permanecieron allí? preguntó Jadin.

— ¡Oh! permanecieron allí desde el 1.º de marzo hasta el 22, en que se supo que el gran Napoleon habia entrado en la capital.

— ¡Pobres gentes! dijo el jóven.

— ¡Cómo pobres gentes! replicó el capitán, ¡cómo pobres gentes! Eso es; unos gandules dignos de lástima, tenían buen pan, buen vino, buen arroz, buenas habas. Pregunto si les faltaba algo mas para que sean enteramente felices.

— Pero, digo yo, creo, capitán, que á la vuelta de los Borbones á lo menos os darian la cruz de honor.

— ¡La cruz de honor! ¡Ya! La he pedido. ¿Sabeis lo que me ha llevado ese jesuita de Luis XVIII? Me ha dado su flor de lis. Al recibirla, dije: guárdese el rey para él esa chinche.

— ¡Cáspita! repliqué yo, qué mal tratábais las pobres flores de lis! Reparad que san Luis, Francisco I, Enrique IV, no eran tan descontentadizos como vos, y que esas flores de lis que desdeñais eran sus armas.

— ¡Las armas de Enrique IV! No: ¡si Enrique IV era protestante, vive Dios! ¡y porque era protestante, le mataron los jesuitas! Porque los jesuitas fueron los que mataron á aquel gran rey. ¿Habeis leído la *Henriada*, caballeros?

— ¿Qué es eso de la *Henriada*? preguntó Jadin con la mayor sangre fria.

— ¿No conoceis la *Henriada*? Es preciso leer la *Henriada*, caballeros: es un bellissimo poema; es de Vol-

taire, que no le gustaban los clérigos, y al que tambien los clérigos envenenaron... ¡lo envenenaron! Se ha dicho lo contrario, pero lo han envenenado, caballeros, tan cierto como me llamo el capitán Langlet. ¡Pobre Voltaire! Si yo hubiera vivido en su tiempo, hubiera dado diez años de mi vida por conservar la suya... ¡¡¡Voltaire!!! ¡Ah! ahí teneis uno que jamás ha comido de viernes!!!

Comprendimos á quién se dirigia el epigrama, y doblamos la cabeza. Durante algun tiempo el capitán Langlet nos oprimió con su victoriosa mirada. Despues, viendo que nos rendíamos, se puso á tararear una canción bonapartista.

Llegamos á Frejus sin habernos desquitado. Allí nos despedimos del capitán Langlet, que dió de nuevo á Jadin el consejo de leer la *Henriada*, y que acercándose á mi oído, me dijo en voz baja:

— Bien se ve que sois realista, jóven, con vuestro veneno y vuestras flores de lis; pero ¡chiton! No digais en voz alta vuestra opinion: no nos andamos en chanzas en las cosas de Napoleon nosotros los frejusanos y antibeses: podrian degollaros como á un pollo. ¡Caramba! con que prudencia.

Prometí al capitán Langlet ser mas circunspecto en lo sucesivo, y nos despedimos, él continuando su camino para Antibes, y permaneciendo nosotros en Frejus para visitar al dia siguiente á nuestro placer el golfo Juan.

En el momento en que nos íbamos á sentar á cenar en el extremo de una de esas mesas largas de posada, donde ordinariamente come toda una diligencia, vino el posadero á preguntarnos si queríamos permitir al jóven que habia venido con nosotros de Tolon, que cenase

allí á la otra punta de la mesa. Como aquel jóven nos habia parecido una persona muy regular en todo el camino, respondimos que no solamente era muy libre de cenar donde quisiese, sino que si lo tenia por conveniente, tendríamos mucho gusto en que cenase con nosotros.

El posadero se apresuró á llevarle nuestra respuesta que aguardaba en el otro cuarto. Habíamos ya tomado todas nuestras disposiciones para intercalar en medio de nosotros al nuevo convidado, cuando vino á decirnos el posadero que el jóven lo agradecía mucho, pero que no queria sernos importuno, y deseaba únicamente estar bastante cerca de nosotros para gozar del placer de nuestra conversacion.

Me volvi hácia Jadin haciéndole un saludo, porque el cumplido evidentemente era para él. Durante todo el camino habia hecho colocarse al capitan Langlet de modo que pudiese satisfacer al aficionado mas difícil; y por simple y sencillo que pareciese nuestro compañero de viaje, habia apreciado aquel género de amabilidad tan nuevo para él.

El mariscal Gerard decia un dia hablando del valor y con relacion al general Jacqueminot: « Cuando no se le mira, es asombroso; pero si se le mira, es fabuloso. » Lo mismo podria decirse de Jadin respecto al talento; aquella noche era mirado, y estuvo espléndido. El jóven fué á acostarse muy satisfecho de haber pasado una noche de tertulia feliz.

Al dia siguiente dimos una vuelta á Frejus, exactamente la que se necesitaba para una ciudad que data de dos mil seiscientos años, á fin de que no tuviese que lamentarse de nuestro proceder.

Dejamos en consecuencia tarjeta en el *Anfiteatro*, en el *Acueducto*, en la *Puerta dorada*, y volvimos á desayunarnos á nuestro hotel, donde nos aguardaba el carruaje que debia llevarnos á Niza.

Al desayunarnos, preguntamos noticias de nuestro jóven; pero como no se habia atrevido á proponernos que le cediéramos un lugar en nuestro carruaje, y no era bastante gran señor, habia dicho, para alquilar un coche él solo, habia tomado la delantera, previniendo que tendria el honor de saludarnos en el golfo Juan. No se podia á la vez ser mas discreto ni mas político.

Dejamos á Frejus sobre las diez de la mañana. El camino que tomamos era de cuesta; pero al cabo de seis á siete leguas nos aproximamos á la mar, mitad por nuestra parte, mitad por un gran barranco que parecia salir á nuestro encuentro. Este gran barranco era el golfo Juan. Nos detuvimos justamente donde el príncipe de Monaco se habia detenido.

Se sabe la historia del príncipe de Monaco.

Madama de D... habia acompañado al príncipe de Talleyrand al congreso de Viena.

— Mi querido príncipe, le dijo un dia, ¿ no hariais nada por ese pobre Monaco, que hace quince años, como sabeis, lo ha perdido todo, y se ha visto obligado á aceptar no sé qué pequeño cargo en la corte del usurpador?

— ¡ Ah! sí, respondió el príncipe con el mayor contento: ¡ pobre Monaco! Habeis hecho bien en recordármelo, querida mia, lo habia olvidado.

Y el príncipe tomó el acta del congreso que estaba sobre su mesa, y en la que se recortaba á plumadas la cantera europea, que Napoleon habia labrado á tiros de

cañon; despues, con su letrita pequeña, no sé en qué protocolo concierne al emperador de Rusia ó al rey de Prusia, añadió :

« Y el príncipe de Monaco volverá á sus Estados. »

Aquella disposicion era muy poca cosa materialmente : no llegaba á media línea : así pasó desapercibida, ó si se aperebió, nadie juzgó que valia la pena de decir nada en contra.

El artículo suplementario pasó, pues, sin oposicion ninguna.

Y madama de D... escribió al príncipe de Monaco que habia vuelto á entrar en posesion de sus Estados.

El 25 de febrero de 1815, tres dias despues de haber recibido esta noticia el príncipe de Monaco, hizo tomar caballos de posta, y emprendió el camino de su principado.

Al llegar al golfo Juan, enecontró el camino cerrado por dos piezas de artillería. Como se aproximaba á sus Estados el príncipe de Monaco, alborotó mucho por aquel embarazo que le detenia, y ordenó al postillon que mandase echar á un lado los cañones, y que pasase adelante.

El postillon respondió al príncipe que los artilleros desenganchaban sus caballos.

El príncipe de Monaco se bajó de su carruaje para dar de bastonazos á los artilleros, jurando entre dientes que si llegaban á pasar por su principado los haria ahorcar.

Detrás de los artilleros habia un hombre vestido de general.

— ¡ Toma ! ¿ sois vos, Monaco ? dijo al ver al príncipe el hombre con traje de general ; dejad pasar al prin-

cipe, añadió dirigiéndose á los artilleros que le impedian el paso, es un amigo.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos.

— ¡ Cómo ! ¿ sois vos, Drouet ? le dijo.

— El mismo, mi querido príncipe.

— Pues yo os creia en la isla de Elba con el emperador.

— Sí, allí estábamos, en efecto, pero hemos venido á dar una vueltecita á Francia. ¿ No es verdad, mariscal ?

— ¡ Toma ! ¿ sois vos, Monaco ? dijo el recién llegado. ¿ Y cómo os va, mi querido príncipe ?

El príncipe de Monaco se restregó los ojos segunda vez.

— ¿ Y vos tambien, mariscal, le dijo, habeis abandonado la isla de Elba ?

— Sí, mi querido príncipe, ¡ vive Dios ! respondió Bertrand : no nos sentaba aquel aire para la salud, y hemos venido á respirar el de Francia.

— ¿ Qué hay, señores ? dijo una voz clara é imperativa, ante la cual se abrió el grupo que rodeaba al príncipe.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, Monaco ? dijo la misma voz.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos por tercera vez : creia estar soñando.

— Si, señor, sí, dijo, yo soy.

— Pero ¿ de dónde viene V. M. ? ¿ A dónde va ?

— Vengo de la isla de Elba, y voy á Paris. ¿ Quereis venir conmigo, Monaco ? Sabeis que teneis vuestra habitacion en las Tullerías.

— ¡ Señor ! dijo el príncipe de Monaco que comenzaba á comprender lo que pasaba, no he olvidado las bondades de V. M., y siempre tendré un eterno recono-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

cimiento. Pero hace ocho dias apenas que los Borbones me han devuelto mi principado, y no hay bastante tiempo todavía entre el beneficio y la ingratitud. Si lo permite V. M., continuaré mi camino hácia mi principado, donde esperaré sus órdenes.

— Razon teneis, Monaco, le dijo el emperador : id, id ; únicamente sabeis que os aguarda vuestro antiguo destino : no lo proveeré.

— Doy mil gracias á V. M., respondió el príncipe.

El emperador hizo una seña , y volvieron al postillon sus caballos que habian ya puesto en posicion en un cañon de á cuatro.

El postillon volvió á enganchar sus caballos ; pero en tanto que el príncipe estuvo al alcance de la vista del emperador, no quiso volver á subir al carruaje, y caminó á pié.

Napoleon fué á sentarse pensativo en un banco de madera á la puerta de una posada, desde donde presidió el desembarco.

Despues, cuando se hubo concluido el desembarco, y siendo tarde, decidió que no se pasaria adelante aquel dia, y que se permanecería la noche al vivac.

En consecuencia entró por un callejon, y se sentó sobre el tercer olivo que hay á la salida de la carretera. Allí fué donde pasó su primera noche al volver á Francia.

Ahora, si se quiere seguirle en su victoriosa marcha hácia Paris, no hay mas que consultar el *Monitor*. Para guiar á nuestros lectores en esta investigacion histórica, vamos á darles un extracto bastante curioso. En él se encontrará la marcha graduada de Napoleon hácia Paris, con las modificaciones que su proximidad producía en las opiniones del periódico.

— El antropófago ha salido de su caverna.

— El monstruo de Córeega acaba de desembarcar en el golfo Juan.

— El tigre ha llegado á Gap.

— El rebelde ha hecho noche en Grenoble.

— El tirano ha atravesado por Lyon.

— El usurpador ha sido visto á sesenta leguas de la capital.

— Bonaparte se adelanta rápidamente, pero no entrará jamás en Paris.

— Napoleon estará mañana bajo nuestros muros.

— El emperador ha llegado á Fontainebleau.

— S. M. I. y R. ha hecho ayer su entrada en el palacio de las Tullerías en medio de sus fieles súbditos !

Este es el *Excegi monumentum* del periodismo ; no volverá á hacer otro ya, porque no podrá hacerlo mejor.

Napoleon quiso que una pirámide perpetuase el gran suceso de que el príncipe de Monaco habia sido uno de los primeros testigos. Alzóse aquella pirámide á la orilla del camino entre dos moreras y enfrente del olivo bajo el cual habia pasado la primera noche. Desgraciadamente quiso Napoleon que aquella pirámide encerrase una muestra de todas las monedas de oro y de plata acuñadas en el milésimo de 1815.

De aquí provino que despues de la batalla de Waterloo las gentes de Valory derribaron la pirámide para robar lo que encerraba.

Nuestro jóven nos aguardaba á la puerta de la posada sentado en el mismo banco donde se habia sentado Napoleon. Aquella pequeña posada que desde aquel tiempo se ha colocado por su propia autoridad bajo la

proteccion de aquel gran recuerdo, se recomienda al viajero por la inscripcion siguiente :

« Al desembarco de Napoleón, emperador de los Franceses, al venir de la isla de Elba desembarcando en el golfo JUAN, el 1.º de marzo de 1815. Se da de beber y de comer en honor suyo, pronto y con equidad.

Llegó el mundo á dominar,
Desafió la metralla,
Dió de Wagram la batalla,
Intrépido surcó el mar.

Tanto le mimó la suerte
Que en una continua guerra,
Ni en los mares ni en la tierra
Encontrar pudo la muerte.

Preguntamos al posadero si era su cocinero el que habia hecho los versos de la muestra, y habiéndonos respondido que no, le mandamos que nos diese de comer.

Mientras nos disponian la comida, nos preparamos á tomar un baño de mar. Apenas por nuestras disposiciones habia penetrado el jóven nuestro proyecto, cuando preguntó á Jadin si queríamos concederle el honor de bañarse al mismo tiempo que nosotros.

Nos miramos riendo, y le respondimos que era perfectamente dueño de hacerlo : y que si creia además necesitar nuestro permiso, se lo concedíamos con la mejor voluntad del mundo.

Nos dió gracias el jóven, cual si le hubiéramos hecho un gran favor; despues, para no alarmar nuestro pudor se formó con su corbata una especie de tapa-rabo, y entró en la mar hasta los hombros, y desde allí se puso á

mirar nuestras evoluciones. Enfrente de nosotros en el horizonte estaban las islas de Santa Margarita.

Las islas de Santa Margarita, como se sabe, sirvieron durante nueve años de prision á la Máscara de hierro.

Podrán nuestros lectores, si gustan, saltar al capitulo siguiente, que solo por conciencia intercalamos y para satisfacer la curiosidad de los que como yo se bañen en el golfo Juan. Nada perderán en esta disertacion histórica, medianamente divertida.

EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.

Bien calculado hay nueve sistemas sobre el hombre de la máscara de hierro. Dejamos al lector el cuidado de elegir el que le parezca mas vorosimil, ó el que le sea mas simpático.

PRIMER SISTEMA.

El autor del primer sistema es anónimo. Este sistema ha venido enteramente hecho de Holanda sin duda bajo el patronato del rey Guillermo. Tal cual es, es el siguiente. El cardenal de Richelieu, orgulloso de ver su sobrina Parisiatis, amada de Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, propuso á aquel principe que fuese formalmente su sobrino. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien queria á la señorita Parisiatis para querida, encontró bastante inoportuno que el primer ministro osase proponérsela para esposa, respondió á esta proposición con un bofetón. El cardenal era rencoroso, pero

como no habia medio de tratar al hermano del rey como á Bouteville ó á Montmorency, se entendió con su sobrina y el padre José para tomar de Gaston otra venganza. No pudiendo hacerle caer la cabeza de sus espaldas, resolvió hacerle caer la corona de la cabeza.

La pérdida de aquella corona debia ser tanto mas sensible á Gaston, cuanto que creia ya tenerla. Hacia ya veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano mayor se hallaba casado, y la Francia estaba esperando un delfin.

Ved aquí lo que imaginó Richelieu, siguiendo siempre el sistema del anónimo holandés.

Un jóven llamado el C. D. R. estaba enamorado hacia muchos años de la mujer de su rey. Aquel amor, al que no habia sido insensible la reina, no se habia ocultado á las celosas miradas de Richelieu, que enamorado tambien de Ana de Austria no se habia alarmado hasta el momento que juzgó conveniente sacar un partido.

Una tarde el C. D. R. recibió un billete de una mano desconocida, en el que le decian que si queria ir á un punto indicado, y dejarse vendar los ojos, le llevarian á un lugar donde deseaba ser presentado hacia muchísimo tiempo. El jóven era temerario y valiente, amigo de aventuras; se halló, pues, en la cita, y se dejó vendar los ojos: cuando le quitaron la venda, se encontró en el aposento de Ana de Austria, á quien amaba.

A la mañana siguiente ella fué á encontrar al cardenal y le dijo:

« Al fin habeis ganado vuestra mala causa, pero cuidado con ella, señor prelado, y haced de modo que yo

encuentre aquí misericordia, y esa celestial bondad con que me habeis lisonjeado con vuestros piadosos sofismas. Y tened cuidado de mi alma. »

Atribuye el autor anónimo á esta aventura el nacimiento de Luis XIV, hijo de Luis XIII por via de transustanciacion. El folleto que se terminaba aquí anunciaba una continuacion, que no ha sido publicada. Pero como el anónimo holandés añadía que esta continuacion seria la CATÁSTROFE FATAL de C. D. R., pretendieron que la catástrofe fué el descubrimiento que hizo Luis XIII de los amores de la reina; y que el premio con que el C. D. R. los pagó fué una perpetua prision con aplicacion de una máscara de hierro.

El C. D. R. era el conde de Riviera, ó el conde de Rochefort.

Este sistema, á nuestro parecer, huele mucho á folleto para tener necesidad de ser refutado.

SEGUNDO SISTEMA.

Este es el de San Foix, y si no admira el mérito de la verosimilitud tiene al menos el de la originalidad. San Foix, como se sabe, era un hombre de mucha imaginacion, que no le gustaban las *Bavaresas*, y que no queria que gustasen á los demás. Resultaba de aquí que se desayunaba ordinariamente con chuletas y vino de Champagne, y que tenia el defecto de escribir la historia despues de haber almorzado.

Leyó un dia San Foix en la historia de Hume que el duque de Montmouth no habia sido ejecutado en el cadalso como se habia dicho, sino en su lugar uno de sus partidarios que se le parecia mucho, y que habia

consentido en morir por él, mientras que el hijo natural de Carlos II, en el que habian respetado la sangre real por culpable que fuese, habia sido trasladado secretamente á Francia para sufrir una prision perpetua.

A este pasaje San Foix, siempre á caza de cosas novelescas, abrió tanto ojo y descubrió un librito anónimo y apócrifo titulado : *Amores de Carlos II y de Jacobo II, reyes de Inglaterra*. En este librito se decia : « La noche siguiente á la pretendida ejecucion del duque de Montmouth, el rey acompañado de tres hombres vino en persona á sacarle de la torre. Cubriéronle la cabeza con una especie de capucha, y el rey y los tres hombres entraron con él en una carroza. »

Otro testimonio todavía mas importante es el del coronel Helton, en boca del cual pone el autor del librito la relacion que era citada por San Foix. Este testimonio era el del padre Saunders, confesor de Jacobo II. En efecto, habiendo ido el padre Tornamin con el padre Saunders á hacer una visita á la duquesa de Montmouth despues de la muerte del ex-rey, se le escapó decir á la duquesa : « Jamás perdonaré al rey Jacobo haber dejado ejecutar al duque de Montmouth faltando al juramento que habia hecho sobre la hostia á la cabecera de la cama de Carlos II al morir, que le habia recomendado que jamás quitase la vida á su hermano natural aun en el caso de rebelion. » A estas palabras el padre Saunders interrumpió á la duquesa diciéndola : « Señora duquesa, el rey Jacobo ha cumplido sus juramentos. »

Segun San Foix el hombre de la máscara de hierro no era otra sino el duque de Montmouth, salvado del ca-

dalso por Jacobo II, á quien Luis XIV al mismo tiempo habia prestado las islas Margaritas, para su hermano, y San German para él.

TERCER SISTEMA.

El sistema de San Foix habia establecido para batir en brecha el sistema de la Grange-Chaucel que pretendia sobre el dicho de M. Lamothe-Guerin, gobernador de las islas de Santa Margarita en 1178, es decir, en la época en que él mismo estaba allí detenido, que el hombre de la máscara de hierro era el famoso duque de Beaufort desaparecido en 1669 en el sitio de Candía. Esta es la version de la Grange-Chaucel.

Desde 1664 M. de Beaufort habia ya caido por su insubordinacion y ligereza en la desgracia, sino aparente, al menos real, de Luis XIV, que perdonaba con dificultad la felicidad que se tenia en haberle agrado, ó la desgracia de haberle disgustado. M. Beaufort jamás habia agrado al gran rey que no le gustaban rivales, aunque fuesen entre la gente ordinaria.

Hacia el principio de 1669 Beaufort recibió de Colbert la orden de defender á Candía sitiada por los Turcos. Siete dias despues de su llegada, es decir, el 26 de junio, el duque de Beaufort hizo una salida: pero arrastrado por su valor ó por su caballo, no volvió á parecer mas. En aquella ocasion Navailles, su colega en el mando de la escuadra francesa, se contentó con decir en la página 245, libro 4º. de sus memorias: «El duque de Beaufort encontró un grueso de tropas turcas que perseguian á algunas de las suyas. Púsose á su cabeza y combatió con muchísimo denuedo:

pero fué abandonado de ellas, y desde entonces no ha podido volverse á saber qué ha sido de él.»

Segun la Grange-Chaucel el duque de Beaufort habria sido arrebatado, no por los soldados del sublime emperador, sino por los agentes del rey cristianísimo, y en lugar de cortarle la cabeza, lo que hubiera sido mejor para él, fué encerrado por toda su vida con una máscara de hierro.

CUARTO SISTEMA.

Este cuarto sistema, que no estaba muy distante de ser el de Voltaire, habia sido difundido con un prodigioso éxito por el autor anónimo de las *Memorias para servir á la historia de Persia*. Como la *Historia amorosa de los pueblos*, las *Memorias para servir á la historia de Persia* cuentan las anécdotas de la corte de Francia. En ellas se llama el rey *Cha-Abbas*, el delfin *Sephi-Mirza*, el conde de Vermandois *Giafex*, y el duque de Orleans *Ali-Homajon*; la Bastilla se hallaba designada bajo el nombre de fortaleza de Ispahan, y las islas de Santa Margarita bajo el nombre de la ciudadela de *Domus*.

Esta es la anécdota reducida á su verdadero nombre.

Luis de Vermandois era, como se sabe, hijo natural de Luis XIV y de la señorita de la Valliere. Luis XIV le queria mucho como á todos sus bastardos, tanto que aquel cariño habiendo excitado el orgullo que era propio del príncipe, en su presencia, se olvidó en una disputa que tuvo con el delfin de las consideraciones que le debia, hasta el punto de darle un bofetón. Era este uno de aquellos ultrajes que la majestad real de Luis XIV no podia perdonar ni aun á uno de sus hijos bastardos,

Así, siempre segun las *Memorias para servir á la historia de Persia*, Gíafez ó el conde de Vermandois, fué enviado á Flandes, donde entonces se hacia la guerra. Apenas estuvo en el campo, donde llegó con una buena reprehension de su madre que decia, dice la señorita de Montpensier, que ya se habia vuelto un hombre juicioso, cuando el 12 del mes de noviembre por la tarde se puso malo y murió el 19. Sucedió esta desgracia, dice la señorita de Montpensier, á consecuencia de una orgía donde habia bebido mucho aguardiente.

Otras memorias hablan de una calentura maligna ó de la peste, pero el autor del cuarto sistema protesta que se esparcieron aquellos rumores para alejar á los curiosos de la tienda del príncipe, que no habia muerto, sino que únicamente se hallaba aletargado por medio de un narcótico y que no volvió en sí sino con una máscara de hierro sobre el rostro.

Segun el mismo autor, Ali-Homajon, es decir, Felipe II, regente de Francia, habia ido á hacer una visita al conde de Vermandois á la Bastilla hácia el principio de 1723: habia resultado de esta visita la resolucion de devolver la libertad al prisionero, cuando al año siguiente murió el regente de una apoplejía fulminante. De aquí resultó que el pobre Gíafez permaneció en la fortaleza de Ispahan, de la que por otra parte no tendria gran gana de salir, en atencion á que en aquella época debia tener cerca de sesenta y cinco años.

QUINTO SISTEMA.

Pertenece este al baron Heiss, antiguo capitán del regimiento de Alsacia. Hallábase desenvuelto en una carta

escrita desde Phalsbourgo y fechada el 28 de junio de 1770. Aquella carta fué publicada en la *Historia compendiada de Europa*. Esta es la significacion de aquella carta.

Segun el baron de Heiss, el duque de Mantua tenia propósito de vender su capital al rey de Francia, cuando fué disuadido de ello por su secretario Mathioli, el que le persuadió lo contrario, y que se uniese á la liga que en aquel momento se formaba contra Luis XIV. El rey, que creia ya tener en su mano á Mantua, vió escapársele aquella importante ciudad, y habiendo sabido de quién venia el consejo, resolvió vengarse del consejero. En su consecuencia, por orden del rey el desgraciado Mathioli fué convidado por el marqués de Arce, embajador de Francia, á una gran cacería á dos ó tres leguas de Turin. Allí, mientras acompañaba al embajador en una vereda extraviada, doce hombres á caballo le arrebataron y pusieron una máscara de hierro, y le llevaron á Piñerol. Pero como esta fortaleza se hallaba muy próxima á Italia, le pasaron sucesivamente de allí á las islas de Santa Margarita, y últimamente á la Bastilla, donde debió haber muerto. Este sistema, que no es mas fuera de razon que los anteriores, no obtuvo grande boga. La idea de que el hombre de la máscara de hierro era un extranjero y un subalterno no era bastante para despertar una gran curiosidad.

SEXTO SISTEMA.

Este no tiene padre; es uno de esos vagos rumores que corren en el mundo sin que se sepa de dónde vienen ni á dónde van á parar. Así no le citamos sino por memoria

Segun este sistema, el hombre de la máscara de hierro no es otro sino el hijo segundo del Protector, es decir, Enrique Cromwell, que desapareció de la escena del mundo, sin que jamás se supiese por qué escotillon se habia hundido. ¿Pero porqué se habia de poner una máscara y aprisionarse á Enrique, cuando Ricardo, su hermano mayor, vivia pública y tranquilamente en Francia?

SÉPTIMO SISTEMA.

El séptimo sistema está sacado de una obra en octavo, publicada en 1789 por Mr. Dufey del Yonne, titulada: *La Bastilla, ó memorias para servir á la historia del gobierno francés desde el siglo xiv á fin del xviii*. El artificio de este sistema, que tiene además todo el interés de una novela y de la poesía, descansa sobre este pasaje de las Memorias de Mad. de Motteville: « La reina, sorprendida en aquel instante de verse sola y aparentemente importunada por algun sentimiento demasiado apasionado del duque de Buckingham, gritó, llamó á su escudero y le reprendió por haberse separado de ella. »

Segun Mr. de Dufey, aquel grito dado por Ana de Austria fué el último. El duque de Buckingham mas y mas enamorado fué mas y mas correspondido, como lo prueba la historia de los herretes de diamantes: tanto, que Luis XIII tuvo un hijo que no conoció nunca, pero que Luis XIV lo descubrió, y al que por honor á su madre dió una máscara. Segun Mr. Dufey de Yonne, la sangrienta muerte de Buckingham fué muy bien una expiacion de su dicha, y no está lejos de creer que el cuchillo de Felton fué no solamente de manufactura francesa, sino de fábrica real.

OCTAVO SISTEMA

Está colocado bajo la proteccion del mariscal de Richelieu y pertenece probablemente en propiedad á Soulabia, su secretario. Dice este que fué tomado de un manuscrito hallado entre los papeles del duque despues de su muerte, y titulado: *Relacion del nacimiento y educacion del desgraciado principe sustraído por los cardenales Richelieu y Mazarino á la sociedad, y encerrado por órden de Luis XIV, compuesta por el ayo de este principe al morir.*

Este ayo anónimo contaba que el principe que habia educado y guardado hasta el fin de sus dias era un hermano gemelo de Luis XIV, nacido el 5 de setiembre de 1658 á las ocho y media de la noche, mientras cenaba el rey, en el momento en que se hallaba lejos de aguardar, despues del nacimiento de Luis XIV, que se habia verificado á las doce del dia, un segundo parto.

Dicese que habia sido pronosticado este segundo parto por unos pastores que habian dicho por la ciudad que si la reina paria dos delfines, seria una señal de grandes calamidades para la Francia. Por muy en silencio y bajo que se refiriesen estos rumores, no por eso habian dejado de llegar á los supersticiosos oídos de Luis XIII, el que entonces hizo llamar á Richelieu y le consultó sobre aquella profecia, en la cual, sin creer nada, habia respondido Richelieu, que en aquel caso era preciso ocultar cuidadosamente al segundo de los dos niños que naciesen, porque podria querer ser rey. Habia casi olvidado estas predicciones Luis XIII, cuando vino la partera á anunciarle á las siete de la tarde, que segun todas las

probabilidades la reina iba á dar á luz un segundo niño. Luis XIII, que habia conocido la exactitud del consejo del cardenal, reunió inmediatamente al obispo de Meaux, al canciller, al señor Honorato y á la partera, y les dijo con un tono que anunciaba la disposicion de cumplir lo que se promete, que al primero de ellos que publicase el misterio del segundo nacimiento, le haria pagar su revelacion con la cabeza. Juraron todos los asistentes todo lo que el rey quiso, y apenas habian hecho el juramento cuando la reina, cumpliéndose la profecía del pastor, parió un segundo delfin, el cual fué entregado á la comadre para ser criado en secreto y destinado á reemplazar al delfin si este moria, y si no destinado á la oscuridad si el delfin vivia.

La partera crió al segundo delfin como un hijo suyo, haciéndole pasar á los ojos de sus vecinos por el bastardo de un gran señor cuya crianza le pagaba generosamente. Pero á la época en que el niño cumplió los seis años, llegó un ayo á casa de la señora Perroneta, que así se llamaba la partera, y la intimó que le entregase el niño, que debía continuar criando en secreto como hijo de un rey.

El niño y el ayo partieron para Borgoña.

Creció el niño desconocido, pero llevando, sin embargo, en su semblante una semejanza tal con Luis XIV, que á cada instante temblaba el ayo no le reconociesen. Así llegó el jóven á la edad de diez y nueve años, asustando á su anciano mentor por las ideas extraordinarias que le pasaban á veces por la cabeza como un relámpago. Cuando un dia en el fondo de una caja mal cerrada que se habia tenido la imprudencia de dejar á su alcance, encontró una carta de la reina Ana de Austria

que le revelaba su verdadero nacimiento. Aunque poseedor de aquella carta, el jóven resolvió proporcionarse otra nueva prueba. Hablaba su madre de aquella semejanza milagrosa con Luis XIV que asustaba tanto al pobre ayo. Resolvió el jóven proporcionarse un retrato del rey, su hermano, á fin de juzgar por sí mismo de aquella semejanza. Una criada se encargó de comprar uno en la poblacion inmediata: aquel retrato confirmó todo lo que habia dicho la carta. Entonces el príncipe dió un salto desde su cuarto al de su ayo, y enseñándole el retrato de Luis XIV:

— Mirad mi hermano, le dijo, y volviendo los ojos hácia sí: ¿ ves lo que soy yo?

No perdió tiempo el ayo, y escribió á Luis XIV, que por su parte se dió tal maña, que llegó un correo ganando horas con la orden de encerrar en la misma prision al ayo y al discípulo. Despues, como aun al través de los hierros de la prision podria reconocerse la contraprueba del gran rey, mandó que el rostro estuviese siempre cubierto con una máscara de hierro bastante bien construida, para que sin que la dejase nunca, pudiese ver, respirar y comer. Aquella recomendacion fraternal, segun Soulabia, se ejecutó al pié de la letra.

Este es el tema que han adoptado para hacer un hermoso drama de la *Máscara de hierro* Mrs. Tournier y Arnould, que tanta popularidad ha adquirido por su bella ejecucion.

NOVENO SISTEMA.

Este es contemporáneo nuestro y data del año 1857. Ha sido emitido por el bibliófilo P. L. Jacob. Segun él, el hombre de la máscara de hierro no ha sido otro que

el desgraciado Fouquet, que aprovechando las consideraciones que le tenían en su prision para ejecutar una tentativa de fuga, fué castigado de aquella tentativa con la noticia de su muerte oficialmente divulgada, y por la aplicacion de una ingeniosa máquina cuya invencion en este caso tambien pertenecia al gran rey.

Como el libro en que nuestro amigo ha desenvuelto este sistema se halla en las manos de todo el mundo, á él remitiremos á nuestros lectores que quieran tener mas detalles.

Todavía hay otros dos sistemas de segundo orden · el uno dice que la máscara de hierro era el patriarca Arwedicks, arrebatado, segun el manuscrito de Monsieur de Bouae, durante la embajada de M. Fereol en Constantinopla : el otro le hacia un desgraciado estudiante castigado por los jesuitas por un dístico latino hecho contra su orden ó su instituto, y que por recomendacion de aquellos buenos padres, Luis XIV quiso servir de carcelero y verdugo.

Añadamos por último un sistema, el que consiste en no creer nada y en decir que jamás ha existido tal máscara de hierro.

Ahora, despues de las conjeturas, veamos las realidades.

En el intervalo de 2 de marzo de 1680 al 1.º de setiembre de 1681, fué cuando apareció el hombre de la máscara de hierro en Pignerol, de donde fué trasportado á Exilles, cuando el señor de Saint-Mars pasó de la primera á la segunda fortaleza. Allí permaneció seis años, y habiendo sido nombrado Saint-Mars en 1687 gobernador de las islas de Santa Margarita, se hizo acompañar de su prisionero, al que estaba condenado á servir de sombra.

Al llegar á estas islas, Saint-Mars escribió al señor de Louvois en 20 de enero de 1687 : « Daré tambien mis órdenes para que se guarde mi prisionero y puedo responderos de él con entera seguridad. »

En efecto, aquel buen señor de Saint-Mars habia hecho ejecutar expresamente para él una prision modelo. Aquella prision, segun Pigañol, no recibia la luz sino por una sola ventana que caia al mar y abierta á quince piés sobre el camino de la ronda. Aquella ventana, además de los hierros estaba defendida por las tres verjas colocadas entre los soldados que guardaban al prisionero.

En las islas Margaritas entraba rara vez en el cuarto del prisionero por miedo de que algun indiscreto escuchase su conversacion. Por consecuencia se mantenia ordinariamente á la puerta y esta entreabierta ; de este modo podia al hablar ver por los dos lados del corredor si alguién venia. Un dia que estaba hablando así, el hijo de uno de sus amigos que habia venido á pasar con él algunos dias en la isla, buscando al señor de Saint-Mars para pedirle permiso de tomar un barco que le llevase á tierra, le vió desde lejos en el dintel de la puerta de un cuarto. Sin duda en aquel momento la conversacion entre el prisionero y el señor de Saint-Mars era de las mas animadas, porque este último no oyó los pasos del jóven, sino cuando estuvo encima de él. Echóse atrás, cerró de golpe la puerta y preguntó lleno de palidez al jóven, si habia visto ó si habia oido algo. El jóven por toda respuesta le demostró que por el sitio en que se hallaba era casi imposible. Entonces únicamente el señor de Saint-Mars se recobró y se reportó, pero en el mismo dia hizo salir de la isla al jó-

ven escribiendo á su padre para manifestarle el motivo de la despedida, añadiéndole : « Que en poco habia estado que aquella aventura no le hubiese costado cara á su hijo, y que se lo mandaba por miedo de que cometiese alguna nueva imprudencia. »

Otro dia sucedió que la máscara de hierro, á quien servian la comida en vajilla de plata, escribió algunas líneas sobre un plato por medio de un clavo que se habia proporcionado y arrojó aquel plato por entre los hierros de la ventana y la triple reja. Encontrólo un pescador á la orilla del mar, y pensando que no podia ser sino de la vajilla del castillo, se lo llevó el gobernador.

— ¿Habeis leído lo que está escrito en este plato? preguntó el señor de Saint-Mars.

— No sé leer.

— ¿Lo ha visto álguien en vuestra mano?

— Acabo de encontrarlo en este momento, y lo he traído á V. E., guardándole debajo del vestido por miedo de que me tomasen por un ladrón.

El señor de Saint-Mars reflexionó un instante : despues haciendo señal al pescador de que se retirase,

— Idos, le dijo : fortuna teneis en no saber leer.

Al año siguiente un mancebo de cirujano que hizo un hallazgo casi semejante, fué menos afortunado que el pescador. Vió flotar sobre el agua una cosa blanca, y la recogió : era una camisa muy fina, sobre la cual á falta de papel y por medio de una mezcla de sebo y agua y un hueso de gallina cortado á modo de pluma, habia escrito el prisionero toda su historia. El señor de Saint-Mars le hizo entonces la misma pregunta que al pescador. El mancebo de cirujano respondió que sabia

leer, es verdad, pero que pensando que las líneas trazadas sobre aquella camisa podian contener algun secreto de Estado, habia tenido muy buen cuidado de no leerlas. El señor de Saint-Mars le despidió con un aire pensativo, y á la mañana siguiente encontraron muerte al pobre mancebo en su cama.

Por aquel mismo tiempo el criado que servia al hombre de la máscara de hierro, murió; presentóse par reemplazarle una pobre mujer; pero habiéndola dicho el señor de Saint-Mars que era preciso que participase eternamente de la prision del amo á cuyo servicio iba á entrar, y que desde aquel dia dejaria de ver á su marido y á sus hijos, rehusó suscribir á semejante condicion y se retiró.

En 1698 recibió orden el señor de Saint-Mars de transportar su prisionero á la Bastilla. Compréndese que para un viaje tan largo se redoblarian las precauciones. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en una litera, delante de la cual iba el coche del señor de Saint-Mars. Estaba rodeada aquella litera de muchos hombres á caballo, que tenian orden de hacer fuego sobre el prisionero á la menor tentativa que hiciese ó para hablar ó para oír. Al pasar por su tierra de Palteau el señor de Saint-Mars, se detuvo un dia y una noche. Se verificó la comida en una sala baja cuyas ventanas daban al patio. Al través de aquellas ventanas podia verse al prisionero y al carcelero comer. El hombre de la máscara de hierro tenia vuelta la espalda á las ventanas. Era de alta estatura, vestido de pardo, y comia con su máscara, de la que se escapaban por detrás algunos mechones de cabellos blancos.

El señor de Saint-Mars estaba sentado enfrente de él,

y tenia una pistola á cada lado del plato : un solo criado le servia, y cerraba la puerta con dos vueltas cada vez que entraba ó salia.

Por la noche el señor de Saint-Mars hizo poner una cama de campaña, y se acostó atravesado en la puerta del mismo cuarto de su prisionero. A la mañana siguiente volvieron á marchar con las mismas precauciones. Llegaron los viajeros á la Bastilla el jueves 17 de setiembre de 1698 á las tres de la tarde. El hombre de la máscara de hierro fué colocado en la torre de la Basiniere mientras llegaba la noche. Despues de llegar la noche el señor Dujonke le llevó él mismo al cuarto número tres de la torre de Bertaudiere, cuyo cuarto, dice el *diario de M. Dujonke*, habia sido habilitado con todo lo necesario. El señor Rosanges, que venia de las islas de Santa Margarita acompañando al señor de Saint-Mars, era, segun dice el mismo *diario*, el encargado de servir y cuidar al dicho prisionero, que era mantenido por el gobernador.

Sin embargo, en recuerdo de la camisa hallada en la orilla del mar, era el gobernador el que le servia á la mesa, y el que despues de la comida le quitaba los manteles y las servilletas. Además habia recibido la prohibicion expresa de hablar á nadie ni de enseñar su rostro á cualquiera que fuese en los cortos instantes de descanso que el gobernador le daba, abriendo él mismo la cerradura que cerraba su máscara. En el caso en que se hubiese atrevido á contravenir á una ú otra prohibicion, tenian órden los centinelas de hacer fuego sobre él.

Así permaneci6 el desgraciado prisionero en la Bastilla, desde el día 18 de setiembre de 1698, hasta el 19 de

noviembre de 1703. En la fecha de este dia se encuentra esta nota en el mismo *diario* : « El prisionero desconocido, siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro (1), habiéndose puesto ayer un poco más malo al salir de misa, ha muerto hoy á las diez sin haber tenido grande enfermedad. M. Girau, nuestro capellan, le confesó ayer. Sorprendido por la muerte no ha podido recibir los Sacramentos, y nuestro capellan le ha exhortado un momento antes de morir. Ha sido enterrado el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde, en el cementerio de San Pablo. Ha costado su entierro 40 libras. »

Ahora veamos lo que se ha encontrado en los registros de sepultura de la iglesia de San Pablo.

« En el año 1703, á 19 de noviembre, Marchiali, de edad de cuarenta y cinco años ó próximamente, ha muerto en la Bastilla, y su cuerpo ha sido enterrado en el cementerio de San Pablo, su parroquia, en 20 de dicho mes, en presencia del señor Bosanges, mayor de la Bastilla, y de M. Reih, cirujano de la Bastilla, que firman. »

Pero lo que no dicen ni el registro de la prision ni el de la Bastilla, es que las precauciones tomadas durante su vida, le persiguieron á aquel desgraciado despues de su muerte. Su rostro fué desfigurado con vitriolo, á fin de que en caso de exhumacion no pudiese reconocerse : despues se quemaron todos sus muebles, se desenladrilló su cuarto, se perforaron las paredes, se buscó por todos los rincones, y se picaron y blanquearon los

(1) El color, y la aficion á lo terrible, sin duda, han hecho tomar esta máscara por una máscara de hierro.

muros; todo por miedo de que hubiese en alguna parte oculto algun billete ó alguna señal que pudiese dar á conocer su nombre.

Desde el 19 de noviembre de 1703 al 14 de julio de 1789, todo continuó permaneciendo en la oscuridad, tan espesos eran los muros de la Bastilla, tan bien cerradas estaban sus puertas de hierro. Llegó despues un día en que aquellos muros fueron derribados á cañonazos, aquellas puertas abiertas á hachazos, y en que los gritos de la libertad resonaron en lo mas profundo de aquellos calabozos donde todo parecia muerto, hasta el eco que debia vacilar en repetirlos.

Los primeros cuidados del pueblo vencedor, fueron con los vivos. Únicamente se encontraron ocho prisioneros en la sombría y siniestra fortaleza. Corrió entonces el rumor de que algunos dias antes mas de otros sesenta habian sido trasportados á las bastillas del Estado.

Despues de la preocupacion por los vivos, vino la curiosidad por los muertos. Entre las grandes sombras que aparecian en medio de las ruinas de la Bastilla, se alzaba, mas gigantesca y mas sombría que las demás, el fantasma velado con la *máscara de hierro*. Así corrieron al patio de la Bertaudiere que sabian habia sido habitado cinco años por aquel infeliz: pero por mucho que se buscó en las paredes, en los vidrios, en los ladrillos, por mucho que se ocuparon en descifrar cuanto la ociosidad, la resignacion ó la desesperacion habian podido trazar en sentencias, en oraciones-ó en maldicion, sobre aquellos misteriosos archivos que los reos se legan al morir los unos á los otros, fué todo inútil, y el secreto de la *máscara de hierro* continuó en permanecer secreto entre él y sus verdugos.

De pronto resonaron grandes gritos en el patio. Uno de los vencedores habia descubierto el gran registro de la Bastilla, en el cual se hacia mencion de la fecha de entrada y de salida de los prisioneros, y que habian sido recibidos y enterrados por el mayor Chevalier. Fué llevado el registro á la casa de ayuntamiento, donde la asamblea municipal quiso buscar ella misma por si aquel secreto de la monarquía, oculto por tanto tiempo. Abrióronle en el año 1698. El folio 120, correspondiente al jueves 18 de setiembre, habia sido arrancado. La hoja de entrada faltaba. Fueron, pues, á buscar la de la salida. La hoja correspondiente al 19 de noviembre de 1703 faltaba tambien como la del 18 de setiembre, y aquella doble mutilacion bien comprobada quitó para siempre la esperanza de poder descubrir el secreto del hombre de la *Máscara de hierro*.